

# El Líbano y su papel en Oriente Próximo

**Samir Frangié**

Consejero del patriarca de los maronitas y analista político, Líbano

La cuestión está en saber si el Líbano, en donde hasta ayer mismo tenían cabida toda clase de desvaríos, está en condiciones de desempeñar hoy un papel pacificador. ¿Realmente los libaneses han sacado alguna enseñanza de la guerra que ha devastado su país? ¿O bien la paz de que ahora disfrutan no es más que una tregua que les ha sido impuesta, un prolongado alto el fuego que separa la violencia de ayer de la de mañana? ¿La guerra y los sufrimientos que ha generado han servido para que maduren, o bien siguen siendo prisioneros de sus particularismos exacerbados, de sus cuestionamientos existenciales y de sus angustias siempre repetidas?

Beirut, tal como sucede con Barcelona, Sarajevo, Salónica, Estambul y Alejandría, forma parte de esas «ciudades-mundos» –por utilizar la expresión de Edgar Morin– que constituyen el crisol de la cultura mediterránea y que son testigo de las experiencias humanas que han marcado el siglo pasado. Dichas ciudades tienen en común el hecho de expresar, cada una a su manera, la sensibilidad propia del Mediterráneo, que refleja una misma luz y un mismo arte de vivir. Con frecuencia, todo lo relacionado con la vida y la muerte, con la familia, con la música y con lo que se come es bastante semejante. Nuestras ciudades tienen ritmos parecidos. Si las ciudades oceánicas están regidas por los ritmos cósmicos de las mareas, ritmos lunares, nuestras ciudades se ubican al borde de un lago casi sin mareas, en el que el tiempo cíclico

del sol ocupa un lugar preponderante. Pero ese mar de todos los encuentros está en trance de convertirse en el mar de todas las fracturas, rodeado de conflictos de primer orden –desde Oriente Próximo a los Balcanes– y con un peso muy fuerte para nuestro futuro. Y ello es así porque dichos conflictos son portadores de toda clase de violencia, y de segregaciones religiosas, purificaciones étnicas y guerras nacionales, de las que en la actualidad nadie puede considerarse a salvo. La elección que se nos ofrece hoy es radical: tenemos que elegir entre la convivencia o la barbarie, entre la aceptación del otro o su exclusión violenta, y entre la vida y la muerte.

La guerra ha servido para que los libaneses tomen conciencia de la existencia de un destino común que les une. Pero dicho destino presenta dos vertientes:

- Una vertiente de decadencia y fragilidad. Todos los libaneses han sido cómplices, de una u otra manera, de un asesinato colectivo: el asesinato de su sociedad. La han sacrificado porque ya no conseguía ubicar ni a unos ni a otros en sus lugares correspondientes, y porque se había convertido en un campo abierto a las rivalidades de todos, de los individuos, de los grupos y de las comunidades; cada cual deseaba ocupar el lugar del otro, creyendo que tan sólo buscaba lo que se le debía.
- Una vertiente de apertura y de futuro. El estilo de civilización que los libaneses habían conseguido crear antes de la guerra, el clima de libertad que reinaba en el Líbano mientras el mundo árabe oscilaba entre un tradicionalismo retrógrado y un

totalitarismo revolucionario, y su apertura al mundo y su aptitud para integrar lo nuevo, sin que ello significara perder el rumbo, hacen que hoy esa experiencia histórica sea un modelo que conviene rehabilitar, un modelo no sólo para el propio Líbano, sino también para el conjunto del mundo árabe, víctima de convulsiones que en cualquier momento pueden degenerar en un ciclo generalizado de violencia.

¿Cuál podría ser la aportación del Líbano en la búsqueda de un futuro de paz en Oriente Próximo?

1. En primer lugar, el Líbano puede desempeñar un papel esencial en la búsqueda de una vía árabe hacia la modernidad, en vistas a vencer el ciclo estéril de regresiones y de huidas hacia adelante en que hoy se halla inmerso el mundo árabe. En este ámbito, a partir de ahora el mundo árabe tendrá que enfrentarse al problema de saber qué hay que hacer para garantizar la emergencia del individuo y su autonomía, pero sin que ello implique convertir a la sociedad en un aglomerado de individuos aislados, ni romper los lazos y los vínculos que les unen con su entorno.
2. Asimismo, puede contribuir de modo importante a la lucha por la democracia en el mundo árabe, una lucha que tendrá lugar de ahora en adelante. Esta lucha ha adquirido una nueva dimensión después de la caída de Bagdad, la cual para el mundo árabe constituye el equivalente a la caída del muro de Berlín. En todas partes, desde Siria a los países del Golfo, pasando por Jordania, Egipto y Arabia Saudí, se abre paso una misma reivindicación de libertad y de justicia. Y aunque es ver-

## EL LÍBANO: ENCRUCIJADA DEL MEDITERRÁNEO

El período 2002-2003 ha sido para Oriente Medio otro año más de intensas convulsiones, aunque en esta ocasión marcado por dos acontecimientos fundamentales: la crisis del conflicto árabe-israelí y la llegada de las tropas de la coalición británico-estadounidense a Bagdad. Estos hechos, a parte de marcar por sí mismos el devenir de la región, provocan una serie de reacciones en cadena, en el epicentro de las cuales, a caballo entre uno y otro conflicto, encontramos al Líbano.

Aunque no libre de tensiones, el Líbano ha conseguido mantenerse en pie ante los constantes envites que recibe, tanto internos como externos, pues en este país los factores externos e internos se enmarañan de tal forma que, a veces, hacer distinción entre unos y otros, identificar las causas de un problema y ubicarlas en su entorno natural, resulta muy difícil. Y es que una de las particularidades del Líbano es que todo lo que acontece a su alrededor es interpretado de formas diversas por cada una de sus comunidades y todo ello revierte en la sociedad libanesa, provocando a menudo conflictos intercomunitarios.

En la actualidad, la antigua Suiza de Oriente Medio sigue acusando las consecuencias económicas de la devastación producida por la guerra civil y los retos que implica la reconstrucción, además de experimentar en primera línea el estancamiento del conflicto árabe-israelí. En este sentido, Beirut fue testigo durante el 27 y el 28 de marzo de 2002 de la cumbre de la Liga Árabe, en la que el mundo árabe ofrecía colectivamente, por vez primera, una paz a Israel. Por otra parte, días antes la capital presenciaba una manifestación de unos 500 estudiantes en contra de la presencia de tropas sirias en el país. Las detenciones posteriores y los ataques a los

medios de comunicación opuestos a la intervención siria provocaron preocupación entre diversas organizaciones de derechos humanos, e incluso una resolución del Parlamento Europeo el 16 de enero de 2003.

Por motivos económicos, pero también para recuperar su posición en la escena internacional, el Líbano firmó en junio de 2002 un acuerdo de asociación con la UE y un acuerdo interino sobre comercio y asuntos comerciales, el cual entró en vigor el 1 de marzo de 2003. Esta iniciativa para contribuir al impulso y reactivación de la economía libanesa se complementó con la Conferencia de donantes París II, celebrada el 23 de noviembre de 2002, que consiguió recaudar fondos por valor de 4.400 millones de dólares para reducir la apremiante deuda libanesa, que se elevaba a unos 30.000 millones de dólares.

Tal como se concluyó durante las sesiones de debate de la Semana del Líbano en Barcelona, celebrada entre el 12 y el 18 de diciembre de 2003,\* a pesar de los intentos de impulsar la economía libanesa mediante la reconstrucción, el fomento de la inversión y las privatizaciones de bienes estatales, entre otras medidas, el país sigue sumido en el estancamiento. La presencia de tropas sirias y la influencia del régimen vecino en la política libanesa se identifican, con discrepancias, como uno de los mayores escollos para el desarrollo del país.

Por otra parte, las divergencias existentes en el seno de la sociedad libanesa respecto a la situación de la región sur del Líbano, es decir, sobre las actividades de Hezbolá –concentradas principalmente en la zona de las granjas de Chebaa–, la falta de delimitación fronteriza entre el Líbano y sus vecinos, además de la disputa con Israel por los importan-

tes recursos hídricos de esta zona, parecen haberse enquistado y no ofrecen espacio para lecturas optimistas. Prueba de ello es, entre otros acontecimientos, la disputa originada en octubre de 2002 por la inauguración de una estación de bombeo de agua construida por el Líbano en el manantial de Waz-zani, cerca de la frontera con Israel.

A estos factores se añade la presencia de unos cuatrocientos mil refugiados palestinos en el país, cuyo estatuto continúa en el limbo de la imprecisión y que implican para el Líbano, en mayor o menor medida según las diversas opiniones existentes, una cuestión de difícil resolución, pues se halla estrechamente vinculada a la evolución del conflicto palestino-israelí.

A pesar de este panorama, ciertamente complicado, existen signos de revitalización de la agenda política y económica del país, uno de los cuales se manifiesta en la intención del Líbano de adherirse a la Organización Mundial del Comercio, pero que sin duda pasa por el ensalzamiento de aquellos valores que han caracterizado a este país: su acentuado talante abierto y mercantil, la capacidad de gestionar la diversidad comunitaria existente, la gran tradición de cultura, de educación y de libertad de expresión, la experiencia democrática potencialmente contagiable al resto de países de la región... Todos estos elementos deberán encontrar su espacio de realización en un entorno más bien hostil en el que se confunde, según algunas lecturas, clientelismo con «confesionalismo» político; en el que se requiere invertir grandes esfuerzos para superar traumas pasados, obstáculos presentes y temores futuros.

(\* ) Más información en:

<http://www.iemed.org/activitats/2003/liban/cliban.htm>

dad que cada uno la expresa a su manera, dicha reivindicación está presente en todos los discursos y en todas las demandas. El Líbano puede prestar una ayuda decisiva gracias a su experiencia práctica en lo referente a la democracia, y gracias también a sus universidades, sus editoriales, su prensa y sus medios de comunicación, y a sus hospitales, sus bancos y su diáspora... Pero para estar en condiciones de desempeñar este papel –un papel que desde el Renacimiento ha sido históricamente el suyo–, los libaneses tienen

que poder asumir sus responsabilidades nacionales sin que nadie interfiera en ello. En este punto se enfrentan a un obstáculo de primera clase: el de la presencia militar siria en el Líbano; dicha presencia impone a los libaneses un poder político que ellos no han elegido, un poder que no duda en echar mano de todo tipo de manipulaciones a fin de aniquilar cualquier forma de oposición.

Para superar ese obstáculo se necesita la aplicación del acuerdo de Taef (1989), que decretaba el final de la

guerra y que preveía la reorganización del ejército sirio en la región de la Bekaa, limítrofe con Siria (dicha reorganización debería haber concluido en septiembre de 1992), en previsión de su retirada del Líbano, y posteriormente la organización de elecciones legislativas basadas en una ley electoral no partidista. Estas cláusulas del acuerdo nunca se han respetado.

Las relaciones con Siria –que hoy se ven ampliamente cuestionadas– deben normalizarse. Y ello sólo se podrá lograr si Siria procede a poner en prác-

tica los cambios que necesita para adaptarse al mundo moderno. Ya que, tal como estipula el acuerdo de Taef, para que sean «preferentes» de verdad, las relaciones entre los dos países presuponen, además de la retirada siria del Líbano, la libertad de circulación de personas, bienes y capitales, la apertura económica, la adopción de normas equilibradas para los intercambios, la existencia de recursos judiciales fiables, etc.

3. El Líbano puede, finalmente, aportar una contribución esencial para el desarrollo de una cultura de la paz:

- rechazando el proceso reductor que está en el origen de todos los desvaríos; es decir, la reducción de

la civilización en la cultura; de la cultura en la religión; de la religión en la política, y de la política en la acción violenta;

- sacando partido, tal como han hecho los firmantes del Pacto de Ginebra, de la fatiga y el cansancio provocados por una violencia que ha durado demasiado tiempo, enalteciendo de nuevo los valores de apertura y tolerancia sin los que la vida no tiene razón de ser;
- reactivando, sobre bases políticas y culturales, el diálogo islamo-cristiano en vistas a prevenir un «choque de civilizaciones» que comportaría una desestabilización permanente de Oriente Próximo y que, además, constituiría una amenaza para la es-

tabilidad de Europa, cuya suerte ya se halla vinculada a la de los países del sur del Mediterráneo.

Finalmente, sería útil reflexionar sobre las condiciones que han permitido que en la mayoría de los países de la Europa del Este la transición se produjera sin demasiadas dificultades, y prever, quizá, una iniciativa del mismo tipo que la que se definió en los acuerdos de Helsinki, pero esta vez intentando organizar la seguridad y la cooperación en el Mediterráneo sobre la base de los principios de democracia y de justicia, y poniendo fin a la política de «dos pesos, dos medidas», que tanto ha contribuido a crispar a los árabes en su rechazo de Occidente.